

EDUCACIÓN Y CULTURA-RED:

POTENCIAS Y CONTRADICCIONES PARA UNA TRANSFORMACIÓN NECESARIA

Remedios Zafra (www.remedioszafra.net)

Publicado en Revista *Profesorado* (vol. 19, nº 2, 2015), Universidad de Granada

<http://www.ugr.es/%7Erecfpro/rev192ART1.pdf>

El estado de inconformismo y autocritica que acompaña a la educación hoy no es sólo característico de una época, sino propio de la misma práctica educativa cuando se sabe libre y tiende a hacerse pensativa. El mero desajuste entre lo que la sociedad requiere y lo que la educación proporciona, habla de un ritmo desacompañado ya familiar, donde la estructura y la institución siempre parecen quedarse atrás, regidas y condicionadas por un sistema más conservador de lo que los agentes que participan quisieran, quisiéramos.

Pero la época, indudablemente, esconde nuevas complejidades que nos interpelan a mirar y hacer de otra manera. Y es a lo que convierte esta época en algo diferente donde quisiera mirar para detectar nodos de transformación y mejora. Porque, pasa hoy que el malestar al que responde la constante reivindicación de cambio educativo convive no sólo con una profunda crisis social, sino también con una profunda transformación del aparato social, del acceso y producción del conocimiento y de las formas de constituir sujeto e identidad en un mundo irreversiblemente conectado. Y sería más que injusto reducir que los cambios que opera Internet en nuestra vida deben valorarse meramente como fruto de un cambio instrumental. Hoy cambian las relaciones con las personas, cambia la vivencia de los espacios; la visión y la memoria son otras bajo el filtro de la interfaz y de una, tan fascinante como perversa, hipervisibilidad que transforma el acceso y la percepción de las cosas; el mundo después de Internet no es ya lo que era, ni la relación de las personas con las prácticas de conocimiento puede ser tratada igual.

Es más que probable que una de las primeras deducciones para la vida que se derivan de la transformación del mundo conectado, sea la desubicación de las prácticas que antes venían condicionadas y significadas por un espacio determinado. Ubicación que nos llevaba a considerar erróneamente que trabajo era el lugar al que se iba y no aquello que se hacía, que escuela es sólo lugar y no práctica educativa. Mi impresión, que de manera personal vivo como convicción, es que el conocimiento no puede estar por más tiempo domesticado en espacios y disciplinas; que dichos espacios y disciplinas esconden estructuras de poder que repiten mundos; que a fuerza de atravesar nuestros días y reiterarse con escenas de pizarras y lecciones aprendidas, se nos convirtieron en algo perversamente "normal", como normales nos llamaban a nosotros si nos acogíamos dócilmente a esa homogeneización de aprender todos lo mismo, a las mismas horas, de la misma manera. Quizá entonces sonaba la sirena y salíamos para jugar a lo mismo, después de hacer las mismas tareas, soñando con ser lo que a cada cuál le empujaba su mundo, según imagen del catálogo de identidades disponibles visualizadas en libros y pantallas. Véase, sobre todo, temporada de género, cultura y clase social: tú a enseñar, tú a tener hijos, tú a construir, tú a cultivar..., evitando la incertidumbre que da la libertad y la conciencia del experimentar "ser unx mismx".

Internet, para muchos es sólo la traslación de este sistema a un medio que permite vehicular lo mismo de antes, repetir mundos pero más tecnologicados. Cambiemos pizarra por digital, cuaderno por tabletas, juegos de la tarde por videojuegos y estaremos en el mismo lugar con una ropa distinta, mero cambio superficial y frívolo que haría pertinente aquella lúcida sentencia de Deleuze que señalaba que no se trata de elegir entre una u otra tecnología, que la cuestión si hablamos de sujeto y de libertad, es "elegir entre formas creativas y formas de domesticación" (Deleuze, citado en Guigou, 2001, p. 123).

Por eso la transformación necesaria no creo que tenga que ver con sustituir herramientas o cambiar competencias, sino que alude de manera radical a un cambio creativo en la manera de educar en una sociedad conectada, a la que llamaré aquí cultura-red. Esa transformación a la

que apunto tiene que ver con el desmontaje de estructuras de conocimiento y poder, y con la gestación de nuevas y más flexibles formas que faciliten la autonomía, el autoaprendizaje, la conciencia crítica, el compromiso con la igualdad de las personas, la mirada creativa ante un mundo no estático, la imaginación como recurso imprescindible para la subjetividad.

Probablemente una de las mayores dificultades para esta transformación sea que esa estructura (apoyada en lugares legitimados para la educación, donde saber comportarnos y repetir para después en casa, en el mundo, tal vez andar perdidos y sin recursos) se sostiene en la extrema burocratización y administración de nuestro sistema educativo, tan extremo en hilos que ciñen, que aprietan sin dejar espacio, sin dejar tiempo ni lugar para la transformación. Desde los horarios, la anacrónica clasificación disciplinar de conocimientos, la contratación de profesorado, el miedo a lo diferente, la instrumentalización del aburrimiento y del entretenimiento, hasta la organización espacial, todo ello parece acomodarse en un sistema que se nos muestra hermético y arisco al cambio, asentando una rigidez que dificulta mantener la voluntad de cambio más allá de algún intento puntual. Dar por perdida la batalla anticipadamente es lo habitual cuando el sistema se nos muestra complejo e hipervisible, cuando nosotros nos vemos aislados y educados no en la alianza con otras personas, sino en la competitividad, en la desarticulación de lo colectivo y su capacidad de contagio. Esto no nos vale. Nunca la aparente complejidad de un cambio debiera echarnos hacia atrás en el propósito que debiera mover a la educación: la formación de personas libres y emancipadas, desarrollando capacidades para enfrentarnos a la vida, reivindicando nuestro derecho a disentir, a transformar y cuestionar el mundo y las desigualdades que se desprenden de lo que hasta ahora hemos hecho.

Pero los retos que arrastra la necesaria transformación educativa tienen no solamente este desafío estructural, sino el de habitar la complejidad de un mundo conectado donde el cambio no puede ser delegado en las industrias digitales como ahora está pasando. Ganada la batalla de la seducción por la que cualquier estudiante preferiría tiempo y más tiempo con su dispositivo tecnológico a otra práctica o experiencia con personas, incluso también su contexto lo prefiere si con ello están aparentemente tranquilos y protegidos en su cuarto. Poco parece importar el ejercicio de homogeneización y poder que se esconde en estas dinámicas que hoy aspiran a orientar usos y expectativas vitales bajo una primacía neoliberal que se disfraza de buenas intenciones, velocidad para no pensar, mil opciones para consumir, vida en presente continuo, mundo estetizado y mucho, mucho afecto y cordialidad. *I like it.*

Pensar sobre las posibles claves para iniciar esa transformación necesaria, obligaría en primer lugar a problematizar la cultura-red para hacer reflexivas sus contradicciones y las formas de vida que se derivan de la construcción de Internet, y en ella, de su potencia educativa. Iniciar ese ejercicio es aquí la intención.

La cultura-red

Pongamos un nombre, unas palabras que nos permitirán acotar el objeto reflexivo, un núcleo crítico desde el que plantear los pensamientos que siguen: cultura-red. Con esta expresión aludiría en este artículo a la construcción socio-simbólica de una época irreversiblemente conectada, donde los sujetos estamos cada vez más mediados por pantallas y ampliados por las máquinas. Esta cultura vendría definida por la convivencia y construcción de *mundo* y *subjetividad* a través de las pantallas en un contexto excedentario en lo visual (imagen, información, datos...). Contexto caracterizado en un marco donde conviven formas de *capitalismo cognitivo* o *informacional* con otras formas de *economía social* que surgen desde la ciudadanía. Allí donde podemos gestionar trabajos, conocimiento y vida ayudados (o condicionados) por las lógicas algorítmicas y de bases de datos que alimentamos y que nos alimentan online, organizando visibilidad y existencia. Pero esta cultura-red no sólo proporciona mecanismos para lo que hoy consideramos imprescindible en una sociedad global y conectada, sino que gestiona lo excedentario, lo acumulado que se manifiesta en lo social y en lo individual, el sobrante de cosas digitales que crecen exponencialmente y que diariamente producimos, consumimos y desechamos de los otros, permitiéndonos nuevos hábitats de relación de los que se deducen condicionantes biopolíticos para *ser* y para *poder ser*, nuevas manifestaciones de la realidad social y del poder en la red.

En las dos últimas décadas el mundo conectado ha cambiado el poder de contar y hacer historias y, aunque siguen conviviendo viejas formas de gestión de mundo, quisiera indagar sobre las singularidades y condiciones que hacen que nuestra cultura sea hoy una cultura diferente y las ideas que de ello se derivan para una necesaria transformación de la práctica a la que nos referimos como educación.

En este contexto, propongo a continuación las que a mi modo de ver son algunas características que esbozan un nuevo modelo de relación y construcción cultural, en tanto hablan de formas de construcción de sujeto y colectividad en la cultura-red. En gran medida pienso que todas ellas tienen que ver con la superación, erosión o transgresión de clásicas fronteras y categorías en las que Occidente ha apoyado su/nuestra visión del mundo y que hoy Internet modifica. Me referiré a:

1. Intersección de las esferas de producción, recepción y distribución y las consecuentes formas de (des)jerarquización y poder.
2. Erosión de las esferas pública y privada.
3. Gestación de nuevos vínculos de lo colectivo y nuevas dinámicas de participación y mediación tecnológicas.
4. Convergencia de los espacios de creación profesional y amateur.
5. Fusión "humano-tecnológica". Mundo interfaceado y nuevas formas de valor.

Por un lado, la intersección de las esferas de producción, recepción y distribución en Internet describiría la cualidad básica de la red, su horizontalidad como medio que, más allá de considerarnos usuarios, por fin nos convierte a todos en "productores" potenciales en la red. De hecho, la desjerarquización sería una característica hermana con ésta, de manera que la disponibilidad de acceder y construir mundo digitalizado facilita hoy la inclusión de todas aquellas historias y voces que antes no formaban parte del imaginario. Contar y distribuir nuestra historia, pero también acceder a las de los otros, antes limitadas por espacio, época o cultura, nos facilita disponer de un mundo exponencialmente digitalizado de experiencias, vidas, imágenes, libros, juegos, música, películas, metaversos, conocimiento y mucho ruido. Datos que rápidamente se nos hacen excesivos e inabarcables propiciando una nueva forma de censura y limitación: la saturación y el exceso. De dicha limitación se están valiendo cada vez más las industrias que nos ofrecen aparentes soluciones en sus dispositivos de búsqueda, filtro y selección. No deja de resultarme paradójico cómo huyendo de las viejas formas de poder y jerarquización del pasado, nos chocamos hoy con nuevos dispositivos jerarquizadores, gestionados por empresas tecnológicas que acaparan un poder que se incrementa. Poder acompañado llamativamente de la invisibilización (en tanto normalización) del dispositivo, que nos hace pasarlos por alto.

También de esta intersección de esferas podemos extraer interpretaciones sobre participación que tendrían que ver con una necesaria crisis de los viejos intermediarios. De ella se deriva la gestación de nuevas formas de trabajo cultural (que cada vez priman más la versatilidad y la polivalencia) y de nuevas maneras de precariedad y de pago no siempre económicas, como la visibilidad e influencia que hoy conforman una poderosa manera de valor cultural, allí donde ser en el mundo es cada vez más equiparado a "ser visto" en Internet".

En segundo lugar, la erosión de las esferas pública y privada apunta en la cultura red a esas esferas tradicionalmente relacionadas con la producción y la reproducción, a su vez con la masculinización y feminización de distintos espacios de la cultura. Relación ante todo política que ha conllevado ejercicios de significación y valoración de las vidas de quienes habitaban (o no) los espacios privados. Esta erosión visibiliza un escenario hasta hace poco escondido y denostado: el hogar, y aquellos habitantes invisibilizados e infravalorados entre sus muros (mujeres, ancianos, enfermos..) pero también personas confinadas al hogar por regímenes de terror o pobreza en tantas partes del mundo.

En consecuencia esta erosión de esferas pública y privada posiciona hoy nuevos lugares para el acceso, la visibilidad y la construcción del conocimiento, los espacios privados conectados convertidos en cosa pública. Espacios donde sucumbir (o no) a la seducción del entretenimiento inagotable de las pantallas y donde aprender a gestionar tiempo para la vida y la construcción subjetiva.

Como elemento añadido, en dicha intersección también se aprecia una transformación sustancial. Me refiero la progresiva transgresión de la esfera de lo íntimo, esa antigua pretensión de resguardar a toda costa nuestra privacidad que ahora está cambiando en la red. Al respecto, indica Umberto Eco en la revista digital Sociólogos: "actualmente, a medida que tantos luchamos con la manera de definirnos en el mundo moderno, existe una amenaza mayor

que la pérdida de privacidad: la pérdida de visibilidad” (4 de agosto de 2014, <<http://sociologos.com/2014/08/04/umberto-eco-dando-cambio-nuestra-privacidad/>>).

Por otro lado, Este escenario público-privado pone en juego los nuevos límites de la presentación y de la representación del sujeto, disolviendo las clásicas diferenciaciones entre real y virtual. Lo virtual también es real, y lo ficticio cada vez más es incorporado como parte de las vidas en red. En Internet todo quiere ser presentado en tanto garantía de real, y lo real garantía de “valor”. No cabría desestimar si dicha razón late en el triunfo de las redes sustentadas en la imagen (fotos y vídeos de realidad); de ahí la tendencia a acreditar nuestra vida con fotografías y vídeos que atestigüen que existimos, nuestra veracidad (paradójicamente, pues estos medios son en tanto sustentados en interfaz, medios del artificio y la representación).

En tercer lugar, la potencia de la nueva colectividad online para la acción y la práctica educativa nos sitúa en un mundo fascinante y decididamente diferente para la colaboración, la creatividad de la multitud conectada y la participación comunitaria no limitada a la presencialidad. Pero no cabe olvidar que la mediación se produce frente a nuestras pantallas, solos frente a ellas, como multitud de individualidades, habitando nuevos marcos biopolíticos que nos condicionan (una máquina pensada para unos ojos que miran y unas manos que teclean). Así, frente a los vínculos políticos y morales (de identidades) más fuertes que hablan de épocas pasadas y de sus relatos hoy cuestionados, ahora en apariencia estos vínculos son infinitos en su número y espontaneidad, pero parecieran más ligeros y efímeros, llevados por la demanda de novedad, la velocidad de “inventar el mundo cada día”, por el motor de compartir proyectos, edades o aficiones. No es baladí que estos vínculos se presenten como los más apropiados para el nuevo poder que parece estructurar (y crear archivo en) la cultura-red. Me refiero al poder de las industrias del yo gestionadas por empresas y capital eminentemente privado. En ellas, nosotros somos productores y participantes, pero especialmente somos “productos” de los espacios que ellos gestionan y rentabilizan.

Por otra parte, la convergencia de los espacios de creación profesional y amateur en Internet revelaría que la vieja visibilidad “reducida”, con la que tradicionalmente hemos definido la afición, es ya transgredida en Internet. Cada vez más lo que protagoniza la que vemos en la red es aquello que hacemos en la intimidad, nuestras aficiones y experiencias cotidianas convertidas en vídeos y fotos que coexisten con prácticas creativas profesionales al mismo nivel. La sensación de quien habita hoy Internet es que lo más visto en la red puede derivarse de su motivación, pasión o interés por algo, más allá de su formación y estudios. Es aquello que punza con fuerza y que anima a ocupar gran parte de nuestro tiempo lo que clama ser compartido con los otros a través de redes y canales de vídeo; y, como contrapartida, una valoración rápida que permite testar (por número de visitas y seguidores) si aquello que se hace gusta o interesa. De otro lado, en esta característica de la cultura-red apreciamos una transformación en los roles que hablan de cómo habitamos y actuamos en el medio. Una transformación relacionada con las apuntadas anteriormente y que tiene que ver con cómo el sujeto en Internet no es ya un sujeto que escucha, mira, lee y asimila información sino que la construye, apropia y la resignifica en un marco de transformación de las formas de recepción y acceso a los símbolos (Canclini, 2011).

Por último, la cultura-red no puede obviar cómo la lectura teórica sobre el ciborg (Haraway, 1995) se materializa progresivamente en Internet desde el avance de la fusión “humano-tecnológica”. De hecho, en la red las prácticas y las relaciones acontecen interfaceadas por la máquina que opera como aliada y apéndice hasta el punto de hacernos transformar la idea de lo humano. Al respecto, no pocos antropólogos denominan este momento cultural como posthumano. Y no sólo cambia hoy la forma de relacionarnos, participar y gestionar aparatos culturales y mundo, sino la forma en que “archivamos” cultura trasvasando el mundo a mundo digital, delegando en la máquina la memoria y la capacidad de recordar. Esta deriva ciborg, tendría en dispositivos u oráculos como el todopoderoso Google, un claro ejemplo de la deriva posthumana a la que apunto. Todo aquello sobre lo que queremos saber hoy es preguntado a Google: palabras, personas, historias. Él/ella/Ello lo sabe todo y si no, no existe (en el mundo conectado). Todas las historias contemporáneas parten, llegan o pasan hoy por Google. Su carácter de buscador no es sólo instrumental sino también performativo, en tanto se pronuncia y al hacerlo “crea” y posiciona mundo. De hecho, no pasa desapercibido cómo cada vez memorizamos menos. Confiamos en que el conocimiento estará siempre almacenado y disponible en un dispositivo online; sobrentendemos la capacidad inabarcable de la red y desestimamos las futuras pérdidas de conocimiento y cultura acompañadas de la progresiva transformación tecnológica. Y en ella, la deriva de un capital de dominios que han ido desapareciendo (o lo harán) conforme mueran los propietarios o dejen de pagarlos. Ante tal

pérdida, las industrias ya preparan un espacio de acogida y control perversamente llamativo, al que denominan "nube". Una palabra tan suave que finge acogernos con mimo mientras desgrana(rá) nuestras huellas, fragmentos y cosas de mundo cotidiano. Valiosas no por ser nuestras, sino porque en conjunto con las de los otros, permiten anticipar nuestras dinámicas, ilusiones y expectativas, permitirán "orientarlas". Y yo me pregunto, ¿dónde la educación perdió el norte sepultada en papeles y preguntándose por competencias y herramientas digitales que envejecerán "ayer", y obviando su gran responsabilidad en la formación crítica de las personas en una cultura-red?

Mundo interfaceado y nuevas formas de valor

Vayamos más allá, pensemos en esta última transformación sugerida en la aproximación que propongo a la cultura-red. Un mundo interfaceado por máquinas, un escenario donde la gente ya apenas se mira directamente a la cara, media casi siempre una pantalla. Y la pantalla comienza a habituarnos a todo, y suaviza la realidad visualizada, y deja atrás, como recuerdo pasado de cuando frente a los otros llevábamos puesto el cuerpo, el olor, el tacto y la certeza de realidad de las cosas que arrastran la vulnerabilidad del mundo material. Ahora aquí casi todo es "imagen sin carne" (Debray, 1995, p. 97).

La pantalla como profiláctico de la mirada evita el malestar antiguo de fagocitar en directo la intimidad de la gente. Los ojos son aprehensivos si son vistos con sus brillos y estrellas porque llevan el sujeto detrás, a cuestras, incluso cuando el rostro se reduce a su mínima expresión de presencia o al simbolismo de dos puntos negros, "sistema pared blanca-agujero negro. Ancho rostro de mejillas blancas, rostro de tiza perforado por unos ojos como agujero negro. Cabeza de clown, (...) Pierrot lunar" (Deleuze y Guattari, 1994, pp. 173-196) Pero si se dan escondidos en la pantalla parecieran más autónomos y liberados de responsabilidad en el otro, relajados en su búsqueda insaciable de "ver" y en la tranquilidad de desaparecer (pero seguir viendo) sin consecuencias.

La imposibilidad de reunir las imágenes y los fragmentos de mundo digital que producimos en nuestros días conectados habla de una nueva cultura excedentaria en lo visual. Y hacia el excedente de imágenes, que son excedente y son contingencia, derivan los ojos hoy, fascinados por la adición del ver y poder ser vistos mientras el cuerpo descansa al otro lado, generando un exceso de cosas que entretienen, interesan o seducen. Y son cosas en apariencia sobrantes y prescindibles pero que el ojo aprende a sentir necesarias.

Entregados al exceso del habitar en red, pareciera que hoy el sistema se pervierte poniendo en juego dos ganancias sustanciales: el poder sobre la gestión tecnológica de la visibilidad como garantía de existencia y valor, y la autoimplicación en lo que entregamos en las redes de manera más o menos consciente para nuestra propia dominación.

Puede que sea demasiado tarde, que todo sea irreversible, pero no se trataría de volver atrás, sino de que la transformación del mundo a través de la preeminencia del exceso en la imagen y mediante la tecnología no afiance las desigualdades de ahora. Se trataría de conocer las condiciones del cambio, de advertir que pasar las decisiones por filtros de posicionamiento que sucumban ante la velocidad -por la imposibilidad derivada del exceso- nos significa a favor del poder hegemónico que iguala ojos a capital. Y que esto no supone que debamos otorgar a lo masivo otro calificativo que "masivo" (en ojos, dedos, o visitas), sin presuponer conocimiento, atención o conciencia en dicho gesto.

La desigualdad de los "no vistos", de los que no existen en el mundo conectado, de las alteridades, los excluidos o los inconformes, pone de manifiesto el espejismo de una cultura-red donde la máquina y sus dispositivos se han camuflado como neutrales, o se nos han hecho invisibles. Pero también los conflictos se apoyan en la parálisis derivada del exceso del ver sin descanso, sin parpadeo, en una sintomática crisis -o tal vez nuevo estatuto- de la *atención*. Un ver que, como ante un increíble *aleph* -por la dimensión de lo que abarca y la potencia de las distintas aplicaciones tecnológicas disponibles- parece hacernos responder desorientados, como cuando a los niños se les rodea de juguetes y regalos y se bloquean o se angustian sin saber por dónde empezar, o se hacen dóciles, siguiendo las indicaciones y flechas propios de un parque de atracciones.

Hoy la mirada no es lo que era. Hoy las imágenes en las que se despliega el sujeto online no son solamente cosa del sujeto. Las imágenes se estratifican como cordilleras de fragmentos del *yo* que hacen crecer y acumular poderes y capital, poderes del capital. Y lo hacen allí donde servicios en red que aparentan “dar” sobre todo “reciben”; donde ofrecemos incondicionalmente, cada día, trozos de nosotros mismos despistados por las cosas de los otros, que nos impiden ver dónde estamos, dónde ofrecemos tiempos propios donados a quienes saben rentabilizarlos; como la necesidad de época que marca “estar” para “ser”, para “ser visto”. Aunque ese “ser” venga cada vez más determinado por la obsolescencia de la memoria-ram de la máquina. Memoria que mañana nos olvidará sacándose de entre los dientes los restos de nuestros píxeles para devorar lo último. Porque sólo parece haber lugar para la voracidad del instante como insaciable necesidad de *ahora*.

Excesivo y digital el pasado se olvida porque es el hoy, en tanto presente continuo, lo que tiene mayor poder sobre el *ser*. Y la memoria se delega en la máquina y los archivos infinitos se almacenan porque sentimos que no ocupan lugar físico. De forma que toda acumulación y exceso son bienvenidos en tanto no arrastran la complicación del poco espacio de nuestras habitaciones y muebles.

En el gesto cotidiano de acumulación digital formamos parte del *big data* que caracteriza la época, y parecemos no ver el límite ni la contrapartida de producir y archivar fragmentos infinitos de vida digitalizada. Incluso cediendo a la oferta de almacenamiento fuera de nuestro control y de nuestros discos duros, en entes no carentes de perversión y poesía, como esa llamada “nube”, entre otros.

Sin embargo, también nos incomoda la dificultad de reducir el exceso para hacerlo manso, o de comprimirlo y verlo de pronto manejable como un símbolo que nos permita manipularlo y comprenderlo. La hipervisibilidad excede los ojos hasta imposibilitar su abordaje, su gestión, deriva en nuevas formas de censura.

El exceso hace reclamar a gritos: “¡Qué alguien nos ayude a filtrar, a ordenar, a jerarquizar!”, lo que curiosamente antes reclamábamos horizontal y desjerarquizado como respuesta y alternancia a ese otro exceso de antes de antes (cuando el mundo no estaba en red), cuando el dominio de unos pocos era tan claro. “*Don't be evil*” reza uno de los lemas de Google, ese dios que atraviesa la cotidianidad de la vida online y construye el poder hoy, advirtiéndonos a nosotros de lo que suponemos temen en sí mismos.

El poder de ahora subyace en la escritura de las bases de datos a las que apunta cada búsqueda. Su lógica algorítmica, su programación, su estructura, que no es así porque se trate de la única o mejor manera para facilitar un orden. Es así, porque es la opción elegida por quien crea y gestiona la máquina, por quien desea “lograr algo” a cambio de que lo utilicemos. Lográndonos acaso a “nosotros”, a cambio de que nosotros logremos cosas como posicionamiento, visibilidad, dependencia en el uso, capital.

El valor, la visibilidad, los significados e imágenes de las cosas que regulan estos dispositivos hablan del poder para mantener o crear mundos nuevos. Y son hoy cuestión de programación y algoritmos, cuestión también de multitudes, pero ante todo de nueva hegemonía colonizadora. Me refiero a quién manda sobre esa programación, quién gestiona el orden, quién programa las lógicas del *ser/no ser*, de *ser visto*, entre las infinitas variantes posibles, quién se hace imprescindible y repite o crea un mundo, un poder sobre el mundo.

Porque pronto descubrimos que no hay cosa más hackeable que “lo más visto”, tanto por las propias lentes y programación (que visibilizan y “crean”), como por la instrumentalización de los ojos sin tiempo puestos al servicio del capital. Se logra así un posicionamiento previo que operará como hándicap, que engordará lo que ya es muy visto o se presenta como tal, bajo los más básicos principios del mercado con que se movilizan a las masas.

Y no deja de parecerme curioso, y en ocasiones irritante, que en esa acumulación de lo visto se nos quiera mostrar la convergencia resignada de enfoques que reivindican, de un lado, el carácter democrático (el poder de la mayoría) y, de otro, la hegemonía neoliberal (el poder de unos pocos que controlan y capitalizan el medio). Ambos llamando a la multitud como si en un círculo optaran por sentidos opuestos hasta confluir en un punto que les hermanara en las formas de gestión tecnologizadas de las nuevas colectividades. Hay diferencias, hay contradicciones y resistencias. Hay sobre todo consideración o apagamiento del sujeto.

Pensar en los lastres que suponen estos órdenes en los que delegamos la pregunta al mundo es hoy razón crucial del análisis de las redes como forma de articular un modelo, o meramente unos apuntes, teórico-críticos, sobre la cultura visual contemporánea. En esta apología que reivindica el valor de la visualidad contabilizada (los ojos como nueva moneda) como criterio fundamental del orden del mundo en red, se hace preciso detenernos a habitar con extrañamiento contextos y condiciones, estructuras y sesgos. Hacerlo retomando conceptos que matizan cómo la mayoría hoy puede ser fabricada tecnológica y socialmente.

El exceso y las infinitas distancias que permite el ver a través de la tecnología es un nuevo hábitat que urge entender al sujeto. Sujeto que vive con el riesgo de que dicho exceso opere como forma diluida de todo intento de profundización. El que entendemos necesario para tomar conciencia de la opresión simbólica que repite mundos, y que favorece un tránsito epidérmico por las cosas por imposibilidad de detenernos en ellas. Como gesto, la parada de la mirada y su parpadeo nos permitiría ver allí donde sólo hay fondo y mañana olvido, descubrir en el exceso flagrantes y cotidianas formas de desigualdad. Puede que esta fuerza facilite la conciencia y que en conjunto con ella opere como mecanismo verdaderamente disruptivo para crear otras formas de *valor* y de alianza entre las personas. Razón para enfrentarnos críticamente a las tecnologías contemporáneas del *ver* y del *hacer ver*; preguntándonos por lo que hoy puede la pantalla para el sujeto, mucho más que un marco de fantasía, mucho más que un espejo.

El poder del arte y su educación en la cultura-red para la transformación necesaria

Cuando las iglesias se vacían, los museos se llenan (Debray, 1995, p. 97).

La imaginación es algo que en el arte usamos de manera desacomplejada para deshacer historias del pasado y para recrear posibles futuros. Por ello, afirmo encontrar en las prácticas creativas un lugar necesario para la transformación necesaria en una cultura-red, prácticas capaces de ayudarnos a desarticular y hacer comprensibles las políticas de la mirada asentadas desde el poder a través de las industrias digitales.

Antes, la imagen se gestionaba especialmente en el mundo espiritual y religioso, estaba más atada al tiempo inmóvil de la muerte y de lo afectivo. Con seguridad de manera más intensa, en este "sur del sur" de Europa desde el que escribo, estamos habituados a identificar imagen con talla religiosa, con iglesias y rituales religiosos. Y quien más, quien menos aquí recordaría una larga lista de vírgenes y santos que le han acompañado durante su infancia, incluso en cuadros y fotografías distribuidos por nuestras casas.

Esos mundos que recordamos y que mantienen aún su vigencia, conviven con los que en este tiempo más cercano se nos hacen cotidianos. Los que hablan de imágenes sin carne y con pantallas, despojadas de la transcendencia de la muerte y de los discursos de la religión. Hoy las imágenes en su darse excedentario controlado por las industrias de lo simbólico y del imaginario, sólo pueden ser desmontadas por el arte o el pensar más crítico, más lento. Nunca por las teorías que ayudan a crearlas sino por las que ayudan a deconstruirlas.

Frente a lo inexplicable que se ritualiza y que reconforta contenido en la imagen religiosa, el arte de hoy inquieta y posiciona las cosas en una mesa de disección. En su inefabilidad y contradicciones pide ser interpelado e interpelar por las formas de vida y poder que esconde el mundo donde acontece. Y no para reiterar una verdad, sino para hacer visibles las formas de gestión de las verdades de una época. Devolviendo al sujeto la posibilidad de preguntarse y pensar por sí mismo, es decir, tratándolo como "sujeto".

Si bien es cierto y aceptaría que hablo de un arte relacionado con la ciudadanía, democrático y de todos, de abajo y no de élite, crítico con las formas de mercadeo y especulación y las desigualdades del capital a las que cierto arte ha contribuido. Un arte que en tanto vale a la emancipación de las personas tendría un papel sustancial en la educación. Aceptaría igualmente que el arte de la contemporaneidad no ha conseguido democratizarse y llegar a todos; que parece autocomplacerse en su carácter a menudo exclusivo, como si sólo quienes están en el asunto artístico sacaran partido y comprendieran su estatuto y potencia. Y acepto que tampoco ha logrado todavía reivindicar "los tiempos" que simbólicamente y escenográficamente han sabido gestionar tan bien las religiones para otros fines: sus rezos, silencios y creencias hacia las imágenes. Hoy para la mayoría conocer una obra es pasear por esa obra, visitar un lugar, como quien hace turismo o se relaja, resbalando sin más por un espacio ilustrado.

Es entonces cuando o se espectaculariza, o se asumen las dinámicas del ver desde la superficialidad del que pasa por encima y nada consigue, salvo rechazo o espejismo tranquilizador limitado al ocio de caminar o derivar entre obras que se dicen arte. A lo más un "me gustan los colores". Con seguridad, la poca sintonía que al menos en este sur de Europa ha tenido el arte y la educación ha contribuido a esta potencia coartada de la práctica artística. Un pésimo sistema educativo tendría mucho que ver en obviar y minusvalorar su papel, refugiándose en nociones trasnochadas del arte y de su educación, que nada valen para la época. Del mantenimiento (aún ahora) de este desatino se desprende una nula experiencia crítica y estética de la mirada. Una experiencia que en lugar de entrenarse para cuestionar lo que el mundo enseña y lo que esconde, lo hace para interiorizar los mensajes del poder. En lugar de educar en desgranar la mirada para permitirnos ser más libres, la educación se orienta a entrenar y domesticar los ojos, aprendiendo a *ver*, aprendiendo a *hacer*, lo que el ojo del poder reclama, el mundo que asienta.

De otro lado y aproximándome más a la significativa relación entre arte e Internet sobre la que quiero situar su posible potencia educativa, advierto que hoy muchas personas llegan al arte contemporáneo y a la práctica artística en Internet desde la música, la literatura o el teatro, sintiendo que han descubierto algo por fin diferente, signo de época. Que han encontrado "lo último" en décadas de experimentación, crítica y vanguardias del último siglo que borraron límites entre disciplinas, que lo cuestionaron todo hasta casi agotar lo posible. Quienes llegan hoy por esos otros caminos a menudo parecen comenzar de cero, con el entusiasmo del que descubre. Y pasan otra vez pero muy rápidamente por todos esos procesos que les llevarán a cuestionar su disciplina, a fundirla, a criticar fronteras, a crear libremente, a inventar palabras, a reencontrarse con la libertad de la creación, con el cuerpo y con las ausencias, con la creación con Internet como modo, como tema... Y me parece que la absoluta libertad y tendencia a la indefinición, como seña de identidad del arte contemporáneo, es la mejor baza para la creatividad y el arte. Ése que habla de la creación en el futuro, superando los énfasis que cada vieja disciplina ha resaltado de la práctica artística en función del estante histórico desde el que ha mirado. Es por tanto, la práctica creativa que tiene Internet como "tema" y no como medio o mero instrumento la que me interesa aquí. Esta práctica encuentra su tradición en el arte contemporáneo y en las vanguardias del siglo pasado, pero, a pesar de seguir muy vinculada a la Institución Arte que la legitima como práctica y profesión, lo que me interesará aquí habita más en los márgenes de la creación sin apellidos. De ahí que, aun valorando sus historias y tradiciones, hablar de lo creativo y de lo artístico sea para mí en la mayoría de los casos una alternancia de sinónimos.

Esta consideración no menoscaba la fundamental aportación del arte (en tanto práctica creativa) para hablar de visualidad crítica, por la sencilla razón de que el arte nos permite "mirar de otras maneras" y que Internet debe hoy ser mirado de otras maneras. Pasa además que la convergencia de quienes hablaban desde una profesión artística o creativa (reconocida por el *establishment*) con quienes hoy crean desde el más explosivo amauterismo en la red, ayuda a derrumbar esa otra vieja frontera de alta y baja cultura, al menos en cuanto a fusión de escenarios. Cosa distinta sería profundizar en la potencia crítica, estética o en la influencia que logran estas prácticas. Sin duda las aún llamadas *amateurs* que hoy se valen de los canales de vídeo, logran una relevante hipervisibilidad.

Y sin ánimo de dispersar mi reflexión (salvo para hacerla menos dócil y más significativa) y buscando aprovechar este lazo de intersección entre creación profesional y *amateur*, viene a mi mente una idea sobre la potencia de estos canales de producción *amateur*. Me refiero a cómo la "alta especialización" que ha caracterizado durante décadas a una élite del conocimiento orientado, es hoy una expresión descriptiva de la figura del *youtuber*, curiosamente una figura "altamente especializada" en sus pequeñas cosas, en los saberes cotidianos de lo que a priori no tenía valor o prestigio. Especialización en lo prosaico, en la afición escondida, incluso en la vulgaridad de nuestras cosas diarias: comer, cantar, instalar programas, jugar, reciclar objetos...

La pasión con la que estos agentes, creadores y también comunicadores, dibujan un singularísimo perfil de contemporaneidad en la cultura-red es una característica llamativa si hablamos de autoformación y práctica creativa. Lo es pues delimita formas de concentración y trabajo fuera de los márgenes disciplinares de las clásicas estructuras de formación actual; formas que además contrarrestan la imagen de desorientación, velocidad y creación fragmentada que a menudo nos devuelve la red. Pero también, la precariedad, la afición, la autogestión del "yo" desde la imagen, el autodidactismo, la "autenticidad" remarcada por un hablar en primera persona y el contexto común de una habitación propia conectada, serían características clave de estos perfiles de "creación" en nuestra cultura, aquí y ahora. Un

contexto alejado de esa idea de "alta especialización" que hasta hace poco vinculábamos a las empresas tecnológicas o a los grandes museos y que últimamente enfocan a esos lugares modestos que son las habitaciones conectadas.

Claro que identificar la potencia que lo *amateur* y sus llamativos grados de visualidad y pasión tienen en la actualidad como nueva entrada al tiempo que habitamos, no supone obviar esa otra potencia del arte proyectado en Internet. Prácticas que conviven y que permiten detener la mirada sobre la complejidad de la cultura que habitamos, al tiempo que la creamos. De hecho, como tantas veces, suelen ser la práctica y la teoría artística, las miradas que primero suelen ver lo que una época anuncia. En este sentido, no pocas obras en los últimos años se mueven y trabajan sobre el amateurismo en la red.

El arte, lo sabemos, produce experiencias que en apariencia no valen para nada, salvo para quienes miran de otra manera. La obra o está en los ojos (cuerpo) del que mira o no acontece. Y esto me interesa porque justamente esta demanda que el arte hace a la mirada me parece indispensable para toda intervención crítica y política en una cultura excedentaria en lo visual. El arte del que hablamos lo sabe. Que se trata de "dar un tiempo" a lo que no quiere convencernos ni reconfortarnos, más bien punzarnos; a lo que pretende tocar conciencia, intranquilizar, zarandear sujeto, deconstruir miradas, empoderar como paso para todo ejercicio de emancipación.

Las estrategias de quienes crean, como de quienes miran de esa otra manera que aquí definiendo, se valen de querer "pensar el mundo de forma diferente", animando a pulsar un interruptor simbólico para cambiar algo en nuestra comprensión del mundo y de las cosas. Así, no pocos artistas hacen literal lo que intuyen, como los que venden datos propios (pensamientos, visitas, correos) en una subasta, porque entienden que si no lo hacen los están igualmente regalando (como Shawn Buckles que subastó su "alma en línea"). Artistas que miran y reubican lo menos visto, lo que no ha sido recogido en los primeros puestos de las búsquedas, los excluidos de la red (recuerdo la exquisita obra *97 empleadas domésticas* de Daniela Ortiz); artistas que desvelan las contradicciones de los monopolios que hoy controlan el mundo en red, parodiándolos y girando alguna pieza de sus objetos de búsqueda y clasificación (pienso en Facebook, Amazon y Google como punto de mira de *The Hacking Monopolism Trilogy* de Paolo Cirio y Alessandro Ludovico). Artistas que devuelven un espejo a la mirada y que preguntan: ¿quién aquí tiene el poder y me hace mirar con sus ojos?, ¿quién gana dinero?, ¿quién controla mundos, mientras yo actualizo mi perfil?

La normalidad que para cada uno de nosotros adquieren ya la infinidad de imágenes de mundo que observamos y nos rodean (lo que mira ese satélite, la palma de mi mano...) exigen que la mirada desde el arte no sea algo reducido a quienes se consideran artistas, ni mucho menos a quienes desde las instituciones restringen su potencia a grupos reducidos que hablan de ámbito y disciplina. Y puede que sea inútil anticiparse o cándidamente señalar caminos de verdadera democratización del arte y la educación como parte de un futuro más emancipador de la cultura-red, pero a todas luces considero que esa mirada debiera promoverse, ofrecerse como herramienta para todos los que miran el mundo sin limitarse a usar las casillas que el sistema y las aplicaciones nos proporcionan, sin esquivar las ambigüedades de valorar y conocer por sí mismos.

Walter Benjamin afirmaba que cada estación lleva en sus últimas creaciones una señal secreta de las cosas futuras, y "quien aprendiera a leerlas no sólo podría conocer anticipadamente algo de las nuevas corrientes artísticas, sino también de los nuevos códigos, de las guerras, de las revoluciones" (Benjamin: 2005). Creo con pasión que las últimas creaciones hablan de un mundo excedentario donde habituados a la imagen, perdimos la costumbre de extrañarnos ante ella y lo que esconde, y que el arte (arte sin élite) y la educación (*otra* educación) pueden ayudarnos a anticipar los códigos y las revoluciones que de esta cultura (y las que están en ciernes) se desprenden, a iniciar una transformación necesaria.

BIBLIOGRAFÍA

Bauman, Z. (2007). *Miedo líquido. La sociedad contemporánea y sus temores*. Barcelona: Paidós.

Benjamin, W. (2005), *Libro de los Pasajes*. Madrid: Akal.

- Blondeau, O., Vercellone, C., Corsani, A., Rullani E. y otros (2004). *Capitalismo cognitivo, propiedad intelectual y creación colectiva*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Brea, J. L. (2007). *Cultura Ram: Mutaciones de la cultura en la era de la distribución electrónica*. Barcelona: Gedisa.
- Canclini, N. G. (2004). *Diferentes, desiguales, desconectados*. Barcelona: Gedisa.
- _____ (2011). Google es más poderoso que las cadenas de tv o las discográficas. *Revista de Cultura* N. *Tecnología y Comunicación*. Recuperado de <<http://www.revistaenie.clarin.com/>>.
- _____ (2011). *La sociedad sin relato: antropología y estética de la inminencia*. Madrid: Katz.
- Debray, R. (1995). *Vida y muerte de la imagen. Historia de la mirada en Occidente*. Barcelona: Paidós.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (1994). *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pre-textos.
- Derrida, J. (1997). *Cómo no hablar y otros textos*. Barcelona: Proyecto A.
- Eco, U. (2014). Dando a cambio nuestra privacidad. *Sociólogos*. Recuperado de: <<http://sociologos.com/2014/08/04/umberto-eco-dando-cambio-nuestra-privacidad/>>.
- Foucault, M. (1980), *Microfísica del Poder*. Madrid: La Piqueta.
- Giddens, A. (2000). *Modernidad e identidad del yo: El yo y la sociedad en la época contemporánea*. Madrid: Península.
- Guattari, F. (2004). *Plan sobre el planeta. Capitalismo mundial integrado y revoluciones moleculares*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Guigou, L. N. (2001). El ojo, la mirada: Representación e imagen en las trazas de la Antropología Visual. *Diverso Revista de Antropología Social*, 4, 123-134.
- Haraway, D. (1995). *Ciencia, Ciborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra.
- Lovink, G. (2004). *Fibra oscura. Rastreado la cultura crítica de Internet*. Madrid: Tecnos,
- Martín Prada, J. (2008). "La creatividad de la multitud conectada y el sentido del arte en el contexto de la Web 2.0", *Estudios visuales*, 5, 66-79.
- _____ (2007). Economies of affectivity, *Multitudes. Revue politique, artistique, philosophique*. Recuperado de <<http://www.multitudes.net/Economies-of-affectivity/>>.
- Negri, T. y Hardt, M. (2004). *Multitud*. Barcelona: Debate.
- Virno, P. (2003). *Gramática de la multitud. Para un análisis de las formas de vida contemporáneas*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Zafra, R. (2010). *Un cuarto propio conectado*. Madrid: Fórcola.
- _____ (2015), *Ojos y capital*. Bilbao: Consonni.
- Žižek, S. (2014), *Pedir lo imposible*. Madrid: Akal.